

VISTA DE LA CORUÑA.

La Coruña es uno de los puertos más importantes del N. O. de España. Se halla situado en el antiguo reino de Galicia, que es como la Aovernia de la península ibérica.

Más poblada que las demás provincias, habitada por una raza pobre, robusta y laboriosa; Galicia envía todos los años á otras comarcas de España y á Portugal cerca de diez mil trabajadores: todos estos vuelven á la tierra con un pequeño peculio, que les permite comprar tierras ó comerciar por su cuenta.

Los gallegos tienen fama de sobrios y de honrados.

La bahía de la Coruña es una de las más hermosas de Europa, y se halla defendida por dos castillos, llamados de San Antonio y de San Amaro. Se enseña allí un faro, cuya construcción atribuyen algunos anticuarios á los fenicios.

En la Coruña hay grandes fábricas de jarcias, y se trabajan velas para buques, de las cuales se hace gran consumo. También sostiene un gran comercio de sardina, y su importación de la Habana y otros puntos de América es considerable.

Por lo demás, al paso que algunos distritos de España parece que van declinando de día en día, en cuanto á población, industria y bienestar, Galicia sigue una marcha enteramente contraria, fomentando sus intereses materiales, en los cuales exhibe la verdadera riqueza de los pueblos.

### TEATRO DE CUBILLO.

El genio privilegiado de Calderón, recibiendo directamente de mano del gran Lope de Vega el cetro de la escena española, acertó á completar dignamente la obra colossal de aquel, perfeccionándola todavía con mayor juicio, estudio y gusto. Dueño de todas las facultades públicas que hasta entonces habían aparecido dispersas entre sus muchos antecesores, brillando por fortuna en una época y más adalidado en inteligencia y gusto, y en medio de una corte es-

plendorosa y poética, al fado y bajo la especial protección de un monarca entusiasta por el arte, autor él mismo, y á quien sus detractores políticos no podrán negar por lo menos la cualidad de protector de las letras y las artes; no solo eclipsó Calderón, y aun hizo olvidar del todo las glorias de sus antecesores, sino que á impulso de su gran genio, de su original talento y de su magico pincel, atrajo á su escuela y á su estilo á los que aun en el segundo tercio del siglo XVII quedaban fieles á las banderas de Lope: á Montalván y á Veloz, á Mirademesena y Tirso de Molina, y permitiendo alzarse á su lado (sin por esto eclipsarle) los brillantes genios de Roxas, Moreto y Alarcón, imprimió á impulso su sello característico al teatro nacional, dirigió poderosamente el gusto público, y por todo el resto del siglo consiguió que nuestra escena quedase ampliamente servida por él mismo y sus discípulos ó imitadores.

El número de estos, calificados por la crítica entre los escritores de segundo orden, es infinito, y sería interminable nuestro trabajo si hubiéramos de hablar de todos los que aventuraron su pluma á cultivar la escena en la segunda mitad de aquel fecundísimo siglo; pero entre ellos los hay de tal mérito y nombradía, y que contribuyeron de tal modo con sus numerosas obras á formar el admirable y espléndido repertorio del teatro Calderoniano, que sería sobrada injusticia y no cumpliríamos nuestro objeto, si no consignásemos por lo menos los títulos de su merecida celebridad.—Tales fueron Cubillo, Matos, Belmonte, Leiva, Diamante, Mendoza, Solís, Hox y Mota, Zárate, Candamo, y algun otro hasta Zamora y Cañizares, que aunque escribieron ya en el siglo XVIII, fueron sin embargo los últimos representantes del anterior.

D. ALVARO CUBILLO DE ARAGON, poeta granadino, es uno de aquellos cuyo nombre y cuyas obras acertaron á brillar en aquella esplendente corte de esclarecidos ingenios; y en el catálogo de sus obras dramáticas que damos á continuación (algunas de las cuales han llegado hasta nosotros favorecidas siempre por el aura popular), las hay que no desdican por su invención peregrina, por su disímula forma y por

su poética entonación, de las más celebradas de los primeros autores contemporáneos. Basta citar para ello las heroicas y populares de *El Genizaro de España y Rayo de Andalucía*, y de *El Conde de Saldaña*. En ellas, así como generalmente en todas las demás, demostró CUBILLO un aventajado talento, un estudio aprovechado de los efectos teatrales y en la conducción de un argumento dramático, y en cuanto á los caracteres y el estilo, si bien resabiados muchas veces por el gusto afectado y metafórico, supo brillar en otras á la altura de los buenos modelos y presentar bellezas de primer orden.—Daremos pruebas de ambos estilos, heroico y festivo.—Sea la primera el magnífico diálogo entre el embajador musulmán á la corte de Alfonso el Casto y el intrépido Bernardo del Carpio, mancebo, tipo verdadero de la temeridad histórica, de la entonación arrogante de nuestros antiguos paladines. Acaba el embajador de esponer largamente su misión en unas bellas octavas, y le interrumpe el atrevido mozo con una osada respuesta, tomando para ello, sin pedirla, la voz del monarca, que parece ábsorbo de tanta audacia y bizarría.

BERNARDO... Dile á tu rey que se engañó  
ó que le engañó el traidor  
que imputó al rey mi señor  
que quiere entregar á España;  
y que también se condena  
á otro engaño, en entender  
que puede ser su muger  
la infanta Doña Jimena.  
Dos veces su engaño sienta  
al necio por él suspira,  
que lo primero es mentira  
y lo segundo es afrenta.  
Con esto te he respondido,  
y cuando hacer guerra intento,  
dile que junte su gente,  
dile que marche atrevido;  
pero que si en Francia acaso  
nos juntaremos yo y él,  
partiremos el laurel  
impidiendo á Francia el paso;  
y que seremos amigos  
contra la furia francesa;  
pero acabada la empresa,  
tiránicamente enemigos;  
porque atento á mi valor  
confiese España después,  
que la defendí al francés  
y la libre de Almanzor.  
Y puesto que aquí has andado  
arrogante y atrevido,  
el castigo merecido  
á tus locuras no he dado,  
porque embajador no ofendes,  
y enojado contra Francia,  
te perdono la arrogancia  
por lo que á España defiendes.

ABENGUSEF... Mi embajada deslució. (Aparta.)

BERN... Vete, goza de la ley,  
y si pregunta tu rey  
quién la respuesta te dió,  
di que con pecho gallardo  
respondió á su desatino  
del Rey Alfonso un sobrino  
y que se llama Bernardo.  
¿No te vas?

ABENG... ¡Graves respuestas!

BERN... ¿Aguardas á que me enoje  
y que enojado te arroje  
por una ventana de estas?

ABENG... Paso yo mucho, Bernardo,  
y es mi rey muy poderoso.

BERN... Huelgome que seas brioso.

ABENG... Huelgome que seas gallardo,  
Cuando en presencia del día  
resplandece alguna estrella,  
señal es que toca en ella  
del sol la ardiente armonía:  
y pues tú brillando mas  
en presencia del sol, creo  
que es conforme á su deseo  
la respuesta y luz que das.

BERN... No de un sol, de muchos soles

un español se acompaña.

ABENG... También los moros de España  
somos, Bernardo, españoles.

BERN... Africanos sois, que en ella  
vuestro imperio dilatasteis.

ABENG... ¿Y vosotros no bajasteis  
de la Scitia á poseella?  
Aliento, espíritu y manos  
nos influye un cielo á todos;  
¿qué tuvieron mas los godos  
que tienen los africanos?

BERN... Ganarla al romano arnés  
nuestras valientes espadas.

ABENG... Y nosotros á lanzadas  
os la quitamos después.

BERN... Que fué á lanzadas conoces  
mucho sangre derramando,  
mas yo la iré restaurando  
á bofetadas y á coces.

ABENG... Tira, y te responderá  
aquella abrasada aroma,  
aquel carbon de Mahoma,  
aquel pebete de Alá,  
aquel adusto tizon  
y abrasante maravilla,  
que dominando á Castilla  
á sus pies puso el león.

BERN... ¡Arrogante moro estás!

ABENG... Toda la arrogancia es mía.

BERN... Yo te buscaré algún día.

ABENG... En el Carpio me hallarás.

Alcide del Carpio soy.

BERN... Ya dudó que en él me esperes.

ABENG... ¡Ay de tí, si al Carpio fueres!

BERN... ¡Ay de tí, si al Carpio voy!

Con esta sola cita bastaría para probar que quien era capaz de escribir tan magnífica escena, de pintar con tanto acierto y dignidad elevados caracteres, de producir sus sentimientos en versos tan armoniosos, elegantes y llenos de vigor y poesía, no era ciertamente un poeta vulgar, ni tampoco uno de los infinitos imitadores ó plagarios de Rojas y Calderón.—Que tenia CUBILLO dotes propias de invención y aptitud para el drama heroico, lo prueban dichas comedias del *Conde de Saldaña*, las de *El rayo de Andalucía*, y *La honestidad defendida* y otras, y á pesar del desarreglo en la combinación de sus planes (desarreglo por otro lado tan general en nuestro teatro heroico que parece calculado de intento), no pudo menos de cautivar la estimación y simpatía del pueblo, cuyos héroes favoritos sabia presentar en la escena con todo aquel brillo, aquella majestad que su imaginación les concede en la historia, y poner en su boca las más elevadas máximas de virtud, de valor y patriotismo. ¡Qué le importaba al público español que CUBILLO y sus contemporáneos no guardasen en sus argumentos las famosas unidades dramáticas, ni que, por ejemplo, en las ya citadas comedias se trasladase el sitio de la acción desde el Alcázar de León, al castillo de Luna ó al del Carpio, desde la corte de Carlomagno al desfiladero de Roncesvalles, si en todas partes hallaba en su primer término la simpática, noble y gigantesca figura de Bernardo, hablando y obrando con la temeridad y desenfado que nuestros romances le atribuyen! ¡Qué inconveniente hallaba en ver en la primera escena al jóven y bizarro conde de Saldaña regresando del campo de la victoria para rendir sus laureles á los pies de su rey y de su Jimena, y hallarle luego viejo, ciego y cargado de hierros en el castillo de Luna por orden del mismo Alfonso y en castigo de haber osado merecer el amor de la hermana de su rey, prorumpir desconsolado en aquellos sentidos versos:

«Cuando entré en este castillo  
 apenas tenía barba,  
y ahora por mi desdicha  
 la tengo poblada y canas;»

si todo esto le producía el más vivo interés, la más profunda sensación, en las bellísimas escenas del encuentro y reconocimiento de Bernardo y de su padre, en la lamentosa muerte de este en el momento de sobrevirle la fortuna! Quizás á esta comedia ó á otra de las muchas que con admirable efecto y con igual desarreglo escribían nuestros autores del siglo XVII, quiso aludir el cáustico Boileau, en sus tantas veces repetidos versos.

«Un rimeur sans péril de la des Pyrénées  
 Sur la scene en un jour enferme des années.»

*Lá souveni le héros d' un spectacle grossier  
Enfant au premier acte, est barbon au dernier.*

Pero esto ño prueba mas sino que Boileau no conocia nuestro teatro, y que Molière y Racine seguan otro camino de los muchos que por fortuna conducen al templo de la gloria.

Nuestro CUBILLO sabia tambien, en las ocasiones en que lo creia oportuno, apropiár su argumento á cierta regularidad y mesura, meditarlo y desenvolverlo con raro ingenio y destreza. De ello pueden servir de ejemplos las lindas comedias de *La perfecta casada*, *Las muñecas de Marcela*, y *Amar despues de la muerte*, en las cuales hay intencion moral, economía de accion, pintura viva de los caracteres, gracia y chiste en la elocucion. De estas últimas circunstancias podríamos presentar muchas pruebas que dan á conocer que CUBILLO poseia la *vis cómica* y el halagüeño colorido propio del drama de costumbres; pero debiendo no alargar demasiado este artículo, no queremos apartarnos de las ya citadas de *El Conde de Saldaña*, y buscaremos en su *segunda parte* un chistoso diálogo en que el gracioso Monzon explica á su modo los primores y adelantos de los parisienses de aquel tiempo; dicen pues así:

Monzon..... Ya que no me has preguntado,  
Inés, á fuer de criada,  
el chisme de mi jornada  
ni lo que en Francia ha pasado,  
yo, que rabio por decirlo  
te llamo á la relacion.

Inés..... Estimolo yo, Monzon,  
y hago lugar para oirlo.

Monz..... A la corte del francés  
vienen naciones remotas,  
y todos se calzan botas  
en la cabeza y los piés.

Inés..... Cómo es eso?

Monz..... Yo imagino  
que es contra los frios treta,  
en los piés son de baqueta  
y en la cabeza de vino.  
Anda el brindis á porfia  
haciendo un alegre trueco  
lo de Candia con lo Greco  
lo del Rhin con Malvasia;  
y cuando ya la cabeza  
anda por dar de través,  
se arrojan, sacando piés,  
un socorro de cerveza.  
Al español por mil modos  
le pretenden derribar,  
pero suelen encontrar  
con quien los derriba á todos.  
Al entrar á una hosteria  
dice una gabacha hermosa:  
¿cual qué cosa? ¿cual qué cosa  
volete su señoría?  
Aquí está el pavo, el faisán,  
el capon, el francolin,  
la vitela de Esterlin,  
el chorizo de Amsterdam,  
el pernil de Algarrobilla,  
la lamprea del Rhodano,  
el formache Parmesano,  
la aceituna de Sevilla;  
y apenas yo la replico,  
cuando al asador clavada  
sale una perdiz asada  
con un limon en el pico:  
uno por aquí; anda apriesa  
otro allí dice: volando,  
y sin saber cómo ó cuando  
me hallo sentado á la mesa.  
De suerte es su proceder  
y su cortesana arenga,  
que harán comer á quien tenga  
poca gana de comer.  
Yo, que siempre la tenia  
abierta de par en par,  
con dejarme regalar  
págaba su cortesía.  
¡Paris, lugar de los cielos,  
solo eché menos en él

aquella fuente de miel  
y el árbol de los buñuelos!

Inés..... ¿Y eso se da sin dinero?  
porque de tu relacion  
lo que importa mas, Monzon,  
te dejas en el tintero.

Monz..... No, mas no es tan grande el gasto  
como lo es en otras partes:  
con tres sueldos y dos liartes,  
comerás á todo pasto:  
mas tambien te sé decir  
que es su ingenio tan delgado,  
que todo lo que ha sobrado  
hacen que vuelva á servir:  
y con no poco trabajo  
zurcen de un pollo el alon  
á las piernas de un sison  
ó á las pechugas de un grajo:  
y forman un ave entera  
con todos sus adherentes  
mas de cuatro diferentes  
linajes, como primera, etc.

Algo de esta chistosa descripcion pudiera aplicarse á contestar metafóricamente al apasionado satírico antes citado del teatro español del siglo XVII, que tan bien supieron explotar y acomodar á su cocina los primeros ingenios de aquella nacion.

Las comedias de CUBILLO no fueron impresas en coleccion de tomos ó partes, y si sueltas, y alguna de ellas atribuida á otros autores, como *La del Señor de noches buenas*, que se incluyó entre las de Mendoza. Solo el mismo CUBILLO publicó diez (que son las que van señaladas en el catálogo) en el libro de poesias varias que dió á luz en Madrid en 1654 con el extraño título de *El Enano de las Musas*: en él se encuentra un poemita no escaso de mérito titulado *Las cortes del Leon y del Aguila*, y muchas composiciones sueltas, dirigidas á diferentes magnates y sobre varios asuntos, algunas curiosas por revelar circunstancias que dan alguna luz sobre la vida del autor á falta de otras noticias de que absolutamente carecemos; pues los biógrafos no nos han transmitido mas que la de que fué natural de Granada; pero de dicha obra se infiere que siguió la carrera forense, y que tal vez no siéndole en ella favorable la fortuna, se dedicó esclusivamente á la vida de poeta; se vino á Madrid, donde se hallaba á la mitad del siglo, siendo obligado surtidor de versos y alabanzas á los reyes, á su poderoso valido, á los grandes y magnates, cosa que si no hace grande honor á su fama, le producía por lo menos para mantener á su numerosa familia; pero oigámonle en algunos trozos de dicha obra, y él nos revelará estas circunstancias, no sin cierto chiste y naturalidad. Dice en el prólogo:

Lector, yo soy un ingenio  
de fortuna (Dios delante),  
que para uno y otro agüero  
no es menester mas achaque.  
Hicieronme conocido  
cuando muchacho las clases,  
cuando jóven las audiencias,  
cuando adulto los corrales.  
Y para ser desgraciado  
en aquestas tres edades,  
la mayor maña que tuve  
fué buscar los consonantes.  
Hice versos (Dios nos libre),  
Hice coplas (Dios nos guarde);  
que de cien comedias, ¿quién  
sino Dios podrá guardarme?  
Ciento corrieron fortuna  
en España á todo trance,  
donde la mosquetería  
es milicia formidable.  
Pevdonóme muchas veces  
en medio de los embates  
de Lopes y Calderones  
de Velez y Villaizanes.  
Que no hay bala despedida  
del salitre, que se ignale  
á la censura de aquellos  
que hilan el mismo estambre, etc.

Esto mismo de *mas de cien comedias* que habia dado al teatro, lo repite despues mas seriamente en la dedicatoria de este libro; pero á nuestros tiempos no ha llegado noticia mas que de las que abajo damos como suyas.

Mas adelante, é interpoladas con las diez comedias ya dichas, inserta el autor multitud de composiciones mas ó menos apreciables, todas laudatorias del Rey Felipe IV, de las reinas Isabel y Mariana, del conde-duque, del almirante de Castilla y de otros magnates, en cuya recompensa citaba á lo que parece el pobre Cubillo su esperanza; pero tan resueltamente y sin rebozo, que á continuacion de un soneto (por cierto bien mediano) que dirigió á la reina Doña Mariana de Austria, y que hubo de darla, segun el mismo cuenta, *en la carrera de Atocha un sábado por la tarde*, estampó un romance y unas coplas pidiendo al rey (que parece fué quien lo cogió al vuelo de las manos del autor) el premio de dicho soneto, premio material que no se hizo esperar mucho, segun vemos en otra composicion inmediata, en que dice:

«Yo escribí un epigrama ó un soneto  
Corto en lo numeroso y el conceto;  
A la feliz estrella  
De la reina de España, augusta y bella.  
Dile en su mano al rey, y agradecido  
(Como si cualquier cosa hubiera sido),  
Atento á su decoro,  
Volvió á la mia la respuesta en oro.  
Por catorce renglones  
Me dió su majestad quince doblones;  
¿Qué mas hiciera un linco  
Que brujulear catorce y ganar quince?»

Esto prueba la humilde posicion de Cubillo entre los poetas que figuraban en la corte de Felipe, su modesta ambicion y escasa ventura. A la verdad que no era indigno de otra mejor el autor de las dramáticas creaciones de Mudarra y de Bernardo, y el poeta que sabia expresar una idea filosófica en versos como los del siguiente soneto que le inspiró un retrato suyo:

«Agradece al pincel ¡oh sombra vana!  
Tanto esplendor, que á breve llenzo fia,  
Exento á la cobarda valentía  
De aquel que huyendo, mi vendor profana  
Hoy me parezco á tí, mas no mañana;  
¡Dichoso tú que naces cada día,  
Y el tiempo no podrá con su porfia  
Poner en tí una raga ni una cana!  
¡Dichoso tú que el curso fugitivo  
De su voraz carrera despreciando,  
Siglos agnatas á vivir no vivo!  
¡Y sin ventura yo, que siempre dando  
Cada paso á la muerte, fugitivo  
Sé que no vivo, y muero no sé cuándo!»

R. DE M. ROMANOS.

### COMEDIAS

DE D. ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

- \* Amor (el) como ha de ser.
- Antezón (la) de España y mas hidalga hermosa.
- Añusco (el) de Talavera.
- Bandolero (el) de Flandes.
- Casados (los) por fuerza, y ejemplo de desdichas.
- Conde (el) de Baldaña, primera y segunda parte.
- Conde (el) de Irlos.
- Corona (la) del agravio.
- Desagravios (los) de Cristo.
- Entré los sueltos caballos.
- Ganar por la mano el juego.
- Genizaro (el) de España y rayo de Andalucía, primera y segunda parte.
- Honestidad (la) defendida, ó Elisa Dido, reina de Cartago.
- Invisible (el) principe de Baul.
- Justo (el) Loth.
- Mayor (la) venganza, honor.
- Manza (la) de Barracino.
- Mejor (el) Rey del mundo.
- Mentir por razon de estado.
- Moñecas (las) de Marcela.
- Muerte (la) de Froilan, auto.
- Nuestra Señora del Rosario, auto.
- Perdersé por no perdersé.
- Perfecta (la) casada, prudente, sabia y honrada.
- Bey (el) Selenco en Asia, auto.
- Señor (el) de noches buenas.
- Tragedia (la) del duque de Berganza.
- Triunfos (los) de San Miguel.
- Vencedor (el) de sí mismo.

## ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

### ARTICULO TERCERO.

Concluida la segunda misa salió D. Luis Cayetano de la iglesia, y volviendo á convocar nuevamente al capitán Mor, al sacristán y demás principales del pueblo, volvió á exigirles que hiciesen juramento de fidelidad al rey de España, amenazándolos que sino lo hacian por bien lo harian por mal; y para intimidarlos mandó á la tropa que estaba en la plazuela que cargase las armas. Apenas vieron esto los isleños, se alborotaron creyendo que los iban á asesinar. El sacristán con mas presencia de espíritu, diz la relacion original, *de lo que ora de esperar de un negro*, dijo al comisario portugués que si querian matarlos allí estaban, y dando gritos á sus compañeros, acrecentó el alboroto, al cual siguió una procesion de mugeres, particular por su aparato y circunstancias. Formaban dos ó tres filas, unas con crucifijos, otras con cruces grandes de maderas, otras con imágenes de santos, y la mayor parte con calaveras y huesos de difuntos. Llegadas á la iglesia, lincaban la rodilla con ademanes y contorsiones propios de la ignorancia y supersticion; y retirándose despues á una eminencia que estaba cerca, volvian con mas santos, cruces y calaveras que la primera vez.

El portugués quiso dejar á los españoles que se entendiesen como pudiesen con esta confusion, y aproximándose á D. Joaquin Primo de Rivera le dijo:

—Mi comision está desempeñada; lo demás corre de vuestra cuenta.

Sorprendido D. Joaquin de semejante resolucion le respondió:

—Aun no lo está; mi soberano me ha encargado que tome posesion de la isla sin hostilizar á sus habitantes, y yo no puedo quedarme aqui á menos que hagan el juramento al rey de España, segun lo dispuesto por vuestra reina.

Llamó entonces D. Luis Cayetano al sacristán, y qué repugnancia encontráis, le dijo, en reconocer al rey de España?

—Señor, de nada vale que yo y el capitán Mor lo reconozcamos, si el pueblo no hace lo mismo.

—Intimidádselo y decidle que el rey de España y el de Portugal son hermanos.

El sacristán hizo al pueblo un breve discurso, cuyas cláusulas le fué dictando el comisario portugués. Reinaba gran silencio en la asamblea, y viéndola este tan tranquila, le hizo preguntar si reconocia al rey de España.

—No! no! contestaron entances á voces todos los circunstantes, haciendo la misma demostracion negativa con la cabeza, los brazos y las contorsiones de todo su cuerpo.

—Insistís en vuestra negativa? volvió á preguntar el sacristán obligado por el comisario portugués.

—Insistimos, contestaron todos; la Isla es muy pequeña, ¿perá qué ¡a quieren los españoles? No tiene bueyes, vacas ni puercos, ni otros frutos que pueda escollar su codicia; y sobre todo, es nuestra y no consentiremos que nos la quiten los blancos.

Ahorrido D. Frey Luis Cayetano volvió á las naves, y con él los castellanos y portugueses. Encargó al sacristán y capitán Mor que deliberasen con los habitantes, en la inteligencia de que dentro de pocas horas enviarian por la respuesta; y para que esta fuese favorable, dejó en la poblacion uno de los capellanes, hombre sagaz y á propósito para el intento. D. José Varela llenóse de disgusto con las noticias anteriores, al considerar que despues de los trabajos que habian sufrido desde su llegada al golfo de Guinea, no conseguian aun ver puestas en planta las ideas de su soberano. Mandó luego que los botes atracaran á tierra, preparando la artilleria para saludar la bandera del rey al tiempo que se arbolase en la poblacion, cuya diligencia quedó hecha para el día siguiente por si las cosas mudaban de semblante; tambien previno un convite para obsequiar á los comisarios, pero en circunstancias tan amargas, le pareció imprudente convidar al portugués. Este fué á las diez de la tarde á su fragata á darle satisfacciones de lo sucedido, y á asegurarle que los isleños se reducirian por bien ó por mal. Varela le reconvino ágríamente sobre el fraude con que habia procedido la corte de Lisboa en los tratados de paz, aparentando unos derechos á las islas de Fernando Póo y Annobon que no tenia, y que solo habian existido en la mente del señor Gomez Ferreira, digno por esta causa y por los falsos informes dirigidos al ministro de Portugal, de severisimo castigo; á lo cual no sabiendo qué responder, pretextó para marcharse que tenia que hacer en su buque.

La venida del capellan que por la mañana se habia quedado en tierra, dió algunas esperanzas de mejor éxito, pues dijo que habia sido bien tratado de los negros, y que habia conferido el bautismo á gran número de personas, y puesto en libertad á dos mugeres falsamente acusadas de hechiceria: añadió que en cuanto á la entrega, el pueblo estaba dispuesto á recibir á los españoles á pesar de algunos sediciosos que se opo-

mian por ignorancia ó por capricho. A pesar de óir Varela todo esto de boca del capellán, no se atrevió á darle entero asenso, en vista del poco respeto que manifestaron los isleños á las órdenes del gobierno portugués: no obstante, quedó esperando el resultado para salir de tanta confusión.

El 29 á las ocho de la mañana bajó á tierra acompañado de D. Joaquín Primo de Rivera y del comisario de Portugal, llevando para su seguridad un destacamento de 25 hombres de marinos, y otro de 15 de tropa de ejército que iba en la *Soledad*. Salizó á recibirlos el capellán de la fragata *Nuestra Señora de Gracia*, y los fué guiando hacia la iglesia, donde estaban replicando las campanas; pero enborbecían el paso gran multitud de hombres y mugeres que se interponían, manifestando con sus gritos y amenazas la repugnancia que les causaba el que entrásemos en la población. Al frente de la iglesia había un fíbetro con cinco calaveras en cada ángulo, y otra en medio; y mas adelante muchos huecos de difunto en una estera de palma, y muchas luces en candilejas hechas de coco. El señor Castro, incomodado con tal espectáculo, mandó inmediatamente á los marineros de su bote que llevasen á la playa el fíbetro y la estera de palma; pero los habitantes corrieron á estorbarlo, y lo consiguieron á no detenerlos los fusiles y bayonetas de la tropa que se había formado en la plazuela de la iglesia. El alboroto fué creciendo por momentos: las mugeres seguían formando sus procesiones, haciendo con frecuencia los lúasos y calaveras que llevaban en las manos. ¡Estraña ceremonia que manifestaba la grosera superstición que tenían hacia sus manes aquellas gentes!

D. Luis Cayetano de Castro, irritado de ver que no bastaban las razones para contentar á los alborotados, sacó la espada y dió varios golpes á cada uno de los que parecían los magnates, y los oficiales y soldados, también á su imitación, fiaron á las armas la persuasión. Los jefes españoles eligieron un medio opuesto. Llevó D. Joaquín Primo de Rivera un cajón, que le entregó el rey, con sartas de abalorios, medallas, cruces, espejos y otras fruslerías de esta clase, y D. José Varela dos barriles de aguardiente, dos rollos de tabaco del Brasil, y 60 piezas de tela de henna, que de su cuenta había comprado en San Tomé, con el objeto de hacer algunos regalos á los isleños, á fin de ganarlos por este medio su aprecio y su amistad. Todos estos objetos se les pusieron delante instándoles á que tomasen lo que quisiesen, y así fué su tesón, que ni aun á aquellos que dos días antes se habían embriagado en la fragata de Varela, se les pudo hacer beber una copa del aguardiente.

Entraron españoles y portugueses en la iglesia á implorar los favores del cielo: se dijo una misa, y concluida se renovaron las proposiciones: también fué infructuosa: los gritos desahogados de la multitud ahogaban las voces de los que hablaban. Ciego de ólera el capellán portugués pronunció contra ellos un anatema, y por su propia autoridad arrojó á los infiernos la isla y los isleños, diciendo: *Deus an inferna, homines, mulieres é a ilha toda*. Mas no se aterraron por eso y siguieron acusando á S. M. Fidelísima de tirana é injusta, por haber cedido á los españoles una isla en que no tenía dominio alguno, y preguntaban á estos por qué no iban al Principe y San Tomé que ocupaban los portugueses. Al óir esto el señor Castro acudió á ellos con espada en mano, de cuyas resultas hayó á los montes el capitán Mor, y no volvió á parecer. También hayó el sacristán, pero cogido por un criado de Don Luis Cayetano que lo presentó á su amo, fué maltratado por este con gran escándalo de los negros, que clamaban: *El sacristán! sacristão ministro de Deus!* pero á pesar de este sentimiento y de que se hallaban armados de piedras y cachillos, no hicieron demostración alguna ofensiva. Llevó D. Luis á la puerta de la iglesia al sacristán, é instándole á que redújese al pueblo, el astuto é hipócrita negro se puso de rodillas diciendo: Señor, yo nada valgo; si quiere matarme, máteme; moriré por nuestro Señor Jesucristo, dominador del cielo y la tierra. D. Frey Luis Cayetano, viendo que no se podía sacar de él ningún partido, tomó la determinación de dejarle.

Los jefes españoles diéronse por satisfechos de las diligencias que el comisario portugués había hecho; pero no siéndoles posible tomar posesion de la isla, respecto á que los habitantes negaban pertenecer á la jurisdicción de Portugal, volvieron á bordo. A tiempo de embarcarse vieron una ceremonia repugnante y ridícula, con que las mugeres solemnizaban su victoria, haciendo escarnio de los portugueses; y fué acudir á la playa, y lavándose muy bien desde la cintura para abajo, presentando las espaldas, y volverse corriendo á la población. El comisario portugués hizo arrestar á los mas sediciosos de los isleños: pero persiguiendo estos con franqueza y resolución en que el rey Fidelísimo no era monarca, sino solo protector de la isla, los puso luego en libertad, porque no le gustaba or estas verdades. Con esto creció la audacia de los negros: apedrearon al capellán de la fragata *Nuestra Señora de Gracia*, á un oficial y ochó soldados que por órden suya estaban en tierra; y para castigar este atentado, disparó contra la población algunos cañonazos. En fin, Varela y Primo de Rivera conocieron la inutilidad de nuevas tentativas, y determinaron que la fragata del mando de aquel,

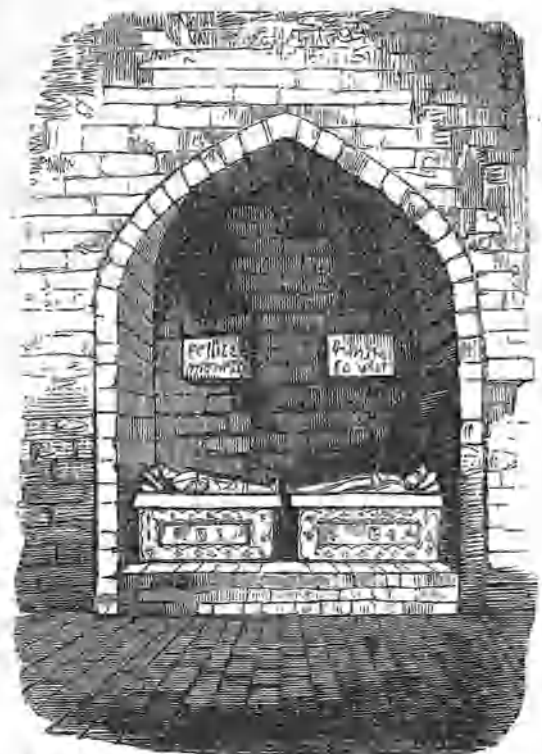
diera la vuelta á España á enterar al rey, y la *Soledad* quedase en la isla de San Tomé hasta nuevo orden, con la tropa, artillería y pertrechos.

Como habian quedado en buena correspondencia con el comisario portugués, le manifestaron su resolución, y el la aprobó, y les dijo que tenia determinado ir á la bahía de Todos-Santos á castrar la fragata, que hacia 80 pulgadas en 24 horas, y á remediar las averías que había causado el rayo en el palo mayor, despues de lo cual volvería al golfo de Guinea, á ver qué mandaba S. M. Fidelísima hacer con los habitantes de Annobon, dignos por su rebelde de riguroso castigo. Hablabron entonces de los artículos reservados que habia en la instrucción que el ministro de Marina de España habia en la instrucción que el ministro de Marina de España habia dado á sus comisiones. En ellos se decía que los portugueses conducirían al gobernador y D. José Varela á los puntos de la costa que expresaban los artículos, y pusieron un oficio al comisario portugués, preguntándole qué tenia dispuesto su corte sobre el particular, á lo que contestó con un certificado concebido en estos términos.

«D. Frey Luis Cayetano de Castro, caballero profeso en la religion de San Juan, capitán de navio de S. M. Fidelísima, certifico: que sali de Lisboa con órden de hacer viaje al golfo de Guinea, para entregar las islas de Annobon y Fernando Póo al comisario del rey Católico, y regresar á aquel puerto luego que esto se verificase.»

Hecho esto volvieron á San Tomé, donde quedó el señor Primo de Rivera, y Varela partió para España. El manuscrito original hace una relacion de su viaje; pero para qué hemos de cansar á nuestros lectores con un minucioso diario de navegacion? Baste saber que despues de tres meses de haber salido de la referida isla, llegó á Cádiz el día 5 de marzo de 1779.

E. F. DE NAVARRETE.



Las tumbas de Watallana.

Vaga entre las nebulosas tradiciones de la antigua *tierra de campo* una figura imponente y misteriosa, preocupando la imaginacion del vulgo con fantásticas reminiscencias. Revestida con esa poesia vaporosa que circunda los horizontes de lo pasado, flotante entre los romancescos prestigios de la antigüedad caballeresca, el prisma del tiempo y la óptica de la fantasia la prestan desusadas proporciones y un calorido indecible de sereno y de vision. Podria ser comparado este deslumbrador efecto al de las sombras de la *Linterna fantasmagórica*, que cuanto mas se alejan del lienzo visual, mas crecen y se desarrollan en respirando y magnitud.

Cada país tiene por consecuencia algunas de estas sombras en la cámara ardiente de su imaginacion. En España es muy comun esa poetizacion de las figuras históricas; porque nosotros tenemos en las venas sangre de los primitivos pueblos del Norte, y allí, en las selvas de Escandinavia, entre las rocas del Tirolo, y por los márgenes del Oder,

en muestra el genio espiritual de la leyenda y de la poesía feudal. Por eso la literatura alemana siempre conserva ese sello sombrío y romántico, ese velo misterioso y fascinador. Goethe y Hoffman cifran en este punto toda su psicología, el tipo de su nacionalidad. Si entre nosotros ha quedado esa tendencia a lo ideal, dentro de límites menos exagerados, débese a causas excepcionales. El clima, el temperamento, la naturaleza del país, la mezcla de razas y denominaciones, el humor nacional y otras varias, neutralizaron los efectos de la incardinación germánica. Pero la civilización árabe, la fusión insensible de su existencia con la nuestra, y más confunde que la teulónica con el genio brillante y ardoroso carácter de esta nación, fuéron acaso el mayor contrapeso al fantasmagorismo alemán. Verdad es que la inspiración Oriental y la Septentrional son dos cosas tan opuestas como su significación topográfica. Aquella se compoñe de esteras de luz, alcázares de cristal, vergeles de márgos decoración; y esta no tiene mas que lagos silenciosos, montañas melancólicas, escenas de niebla y de vapor. Las dos influyen á su vez sobre nosotros; pero contrastándose mutuamente, ninguna nos llegó completamente á asimilar. Por eso no somos islólogicamente ni del todo árabes, ni del todo germánicos. No somos esto, porque, como dice un poeta contemporáneo, los fantasmas vaporesos del Rhin se deshacen al sol ardiente del Tajo, como la nieve de sus montañas. No somos lo otro, porque el principio metafísico del Cristianismo nos eleva sobre el sensualismo asiático. Tenemos pues algo de ambos elementos, que fundidos felizmente forman un nuevo tipo, tan apasionado como espiritual, tan brillante como profundo.

Así nos explicamos la propensión de nuestro pueblo á poetizar las añejas reminiscencias. De ahí, á nuestro ver, los cuentos y consejos de las gentes sencillas, que perpetúan bajo romancescos atavios las huellas de la tradición. Baste que entre la remota penumbra de los siglos asome el perfil indeterminado de algun actor memorable en el drama del mundo, para que la imaginación popular le matea con apasionado y quimérico colorido. Por eso en las nocturnas veladas de nuestros campesinos, se repite en son de misterio y admiración el nombre histórico de D. TELLO DE MENESES. Porque la sombra centenaria del antiguo señor del Infantazgo, descuellos solemnemente sobre la tradicional lontananza del país.

Si con nosotros hubiera el lector atravesado las melancólicas llanuras de los Campos Godos, y sentándose á reposar en el ribazo de una heredad, probablemente habria oido al crédulo labriego alguna aventura novelesca, en que igual opulento prócer desempeñara bizarro papel. Paró sino al pié de aquel blanqueado alcor, y preguntó á la anciana campesina que cruza la tortuosa vereda, cuyos fuéron aquellos descuidados torreones, y la escucharéis murmurar el nombre misterioso del ilustre castellano con un acento sentimental. Y si la caída del crepúsculo os sorprende junto á sus desmironados hogares, vereis á los pastores alejarse de aquellas restos inertes de falaz grandeza, como si entró sus sepulcrales paredones resonase el eco de la eternidad.

No es extraño. El señor DE MENESES fue, tiempo há, el primer bisoño de Campos, y aquella grandeza relleja vagos destellos sobre la distante posteridad. Y estas desconocidas ráfagas alumbran los monumentos de su poder, cual meteoros melancólicos que velan la olvidada tumba de su magnífico señor. Y el castillo de Montalegre, colocado á cierta distancia de su monástico panteón, parece un sarcasmo acerbo contra la vana aspiración de las pompas de la vida...

D. TELLO PEREZ DE MENESES, DE SARAGUN, DE LEON DE CAMPOS, SEÑOR DE MENESES, DE VILLANUEVA, SAN ROMAN, POBLACION, CARBON, CABEZON, PORTILLO, MONADOS, CELA Y RIVAGORZOS EN EL ALBOR DE CELA, SEÑOR DEL INFANTAZGO DE MATAILLANA Y DE MALAGON, es la primera figura histórica de las crónicas de Campos. Tuvo asiento en casa solar en la villa de Menezes, cabeza del *adelantamiento de Campos Godos*. ¡Coincidencia singular! ¡Llevar el señor el mismo sobrenombre del señor! ¿Le tomaría esto de aquél? Nos inclinamos á sospecharlo.

Pero no busquéis al campesino prócer en sus derruidos palacios ni en sus solitarias fortalezas. Buscadle en aquella tumba antiquísima y glacial. ¡Venid, descendad conmigo desde los alcóres de la aurada Villalva al húmide valle, donde alza su severa mole el monasterio de Matallana, á la sombra de los añosa negrillos y pomposos freños, que guardacen su dórica portada, que baña con perezosas aguas el desolaciono Mijares! En esa soledad hallareis solamente algunos pastores, apacentando sus corderos al son de sentida y rústica tonada. Entrad en ese templo vastísimo, recorrad con ojos indecisos ese crucero clásico de pintorescos aljibes, sostenido por haces de atrevidos pilares, y cuyas olivales galerías coronan aéreas y fugitivas bóvedas. Y revistad esas líneas de tumbas centuarías, que escuchan inertes el vuelo de la eternidad. Fijaos en aquella hornacina elíptica, de sencillo aspecto y ruda decoración. Ya lo veis! No se diferencia de las demás. Un arco apuntado, sin orla ni filete, incrustado en la sillera del presbiterio, al lado del Evangelio; y bajo este dosel de granito dos lucillos cuadrángulos, con toscas cenefas y bajos relieves en su faceta exterior,

y sendos vultos berroqueños sobre la lápida sepulcral. Ahí descanza D. TELLO DE MENESES. Esa es la tumba del opulento y celebrísimo señor! Eso queda de su grandura y su poder!...

*Palacio et suntuosa mansión.*

Mirad su polvorosa estatua, de toscos pero enérgicas formas, coñido el bélico armé, calado el pauderoso caparote, y empuñado sobre su pecho el forjado mandoble, que tantas veces vibró en los campos de victoria contra los enemigos de su Dios! Y á su lado también, velada de monij tocado, yate representada por la indócil mano del feudalartista, la rica-femora dichosa que partiera el tálamo con el regio infanzon, y que ahora comparte tambien el fúnebre honor del último reposo. Terrible compensación!

Peró duermen entre los recuerdos de su piedad. *Mataillana* es obra suya. Les cubija la sombra de su altar. Ellos prodigaron sus tesoros para erigirse Alcazar del Ciel, en cuyas opulentas bóvedas siete siglos ha resonado la alabanza del Altísimo, y la plegaria por el magnífico bienhechor. ¡El salmo de la penitencia se habrá mezclado muchas veces al viento de la noche, en aquella sagrada y funeraria soledad!

El señor DE MENESES no yace solo con su desposada GOSTRONA en aquella nerópolis monástico-feudal. Los príncipes que tan insigne protección la dispensaron en vida, parece que hasta más allá de este mundo quisieron llevar la piadosa benevolencia, pues al frente de aquel enterramiento, y en un panteon de iguales formas y circunstancias, duermen el sueño eterno el *Infante D. Alonso*, hijo del Rey D. Alfonso, y su consorte *Doña Maria Mendez*, que fué hija de *Per Alvarés de las Asturias*. Pero estos personajes, y todos los demás que poblaron los mausoleos del templo monástico, quedan olvidados ante la sombra de D. TELLO, que colosal y fantástica descuellos sobre aquella melancólica mansión.

Peró el materialismo especulador tambien ha descargado su urtica sobre estas venerables memorias de la antigüedad artistica y heroica. Las gólicas molduras, las esculaciones primitivas del artífice germánico, han caído cieganamente pulverizadas bajo el martillo voraz del obrero mercenario. Los relieves, que eran una página viva para la historia del arte, fuéron borrados por el rústico picapedrero, para el pedañeo de una escalera ó la repisa de un balcón. Las dovelas gólicas han sido áhismadas en los hornos de cal. Las bóvedas arrogantes, las pilas-tras bizarrísimas, han caído con estrépito desde la aérea altura en que las colocó el genio de las artes. LAS TUMBAS DE MATAILLANA DE TIENEN piedra sobre piedra, como las murallas de la desolada Jerusalem.

V. GARCIA ESCOBAR.

## LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

VII.

Cuatro ó seis dias despues de la noche en que Rafael envió su historia á D. Ramon, entró este un dia muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael, y le dijo:

—Amiguito mio, que el diablo me lleve si antes de muy poco tiempo no es V. feliz.

—¿Pues qué hay, dijo Rafael con una expresion de anhelo infantil, dejando la pluma en el tintero y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—Qué ha de haber? respondió D. Ramon, nada, sino que se me ha ocurrido un medio por el qual puede V. salir de esta situacion.

—No le veo, dijo Rafael perdiendo toda su alegría, al oír que no habia nada de positivo, sino un medio de salir de su situacion, es decir, una esperanza. La esperanza era una cosa que desde que habia visto tantas burladas, le causaba mas dolor que placer, y si hubiera podido hacer, aun cuando hubiera sido con sangre suya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escupirla.

—Pues yo si lo veo, dijo D. Ramon. Ante todas cosas dígame V., Rafael, ¿está V. seguro del cariño de Inés?

—¿Y qué tiene que ver Inés ni su cariño con mis desgracias? ¡Ah! ese mismo cariño es la mayor de todas ellas... mi corazon...

—Vamos, dejémosnos de corazonés; respóndame V. á mi pregunta: ¿está V. seguro del cariño de Inés?

—Si señor, bien ¿y qué?

—Allá voy, señorito, allá voy, vamos por partes. Y dígame V. ¿si V. quisiera casarse con ella, querría ella casarse con V.?

Quedóse un rató suspensó Rafael, y por fin dijo:

—Hasta ahora no se me habia á mi ocurrido otra cosa mas que casarme.

—Nada tiene eso de particular, porque si V. no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido á mí, ¿diga V., se casaría V. con ella?

—Eso es imposible, señor D. Ramon.

—Pero si fuera posible, ¿se casaría V. con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazón...

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera V. también con la cabeza, y trate V. con mucho juicio de casarse con ella. Esta es rica, ¿no es verdad?

—¡Señor D. Ramon! eso es indigno de mí, yo jamás...

—Pues, señor D. Rafael, quede V. con Dios, y puesto que es V. un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, esa su pan se lo coma, y no vuelva V. á fastidiarme con sus quejas.

Ello es un movimiento para marcharse D. Ramon, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¿Pero no conoce V. que por más que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura? le dijo con cariño D. Ramon.

—¿Cuál es! respondió Rafael echándose á sí mismo una rizada; mi estado actual es este, el de no tener más que este traje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo negro de mi capa raída. ¿Mi estado actual es este! ¡este! ¡este! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que V. me lo recuerda! ¿Y quiere V. que así vuelva á ver á Inés? Quiero V. que me la pida en matrimonio, para que me den en su lugar una limosna, y tenga yo que aceptarla, porque á eso voy, á pedir una limosna! ¡y nada más que á pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazón que la adora, es un corazón bueno, generoso, un corazón que me haría seguirle, si ella fuera desgraciada, al través de todas las miserias de la vida; pero un corazón que jamás la seguirá en su felicidad, á costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos para acordarse, ni por un momento, de la más despreciable de todas las cosas, de la riqueza.

—V. es un niño que se exalta por cualquier cosa, le dijo D. Ramon con cierta severidad desdénosa. Nada de todo eso que está V. ahí diciendo viene al caso, y estoy yo tan lejos de aconsejarle á V. eso, que por el contrario, solo en gracia á los sentimientos nobles que V. ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho, suponiendo en mi ideas que ni joven ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamás. Pero dejemos esto, que ha sido en V. un olvido de qué yo soy también un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor D. Ramon, le dijo Rafael, que había escuchado con una estupefacción indecible las sossegadas palabras del buen militar; nunca he creído yo que V. pudiera aconsejarme nada indigno de V.; mis palabras iban dirigidas á mí mismo, á mi mala suerte, y quisiera poderlo á V. probar en lo que le estimo para...

—Ea, dejemos eso, dijo D. Ramon volviendo á su estado de calma benigna, y apretando la mano de Rafael. V. es un joven bueno, noble, todo lo que V. quiera; pero tiene V. un defecto, y es que por falta de experiencia no mira V. por todos sus lados las cosas, antes de juzgarlas buenas ó malas. En este caso estimos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto á V., tomado como V. lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser; pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme V. y verá cómo tengo razón. El amor que V. tiene á Inés es generoso, es grande, es todo lo que V. quiera, pero todo esto está á mi favor, porque no sé yo qué es lo que va V. á hacer de tanto y tan buen amor, si V. no se casa con la mujer á quien así ama. El simple amor, antiguo niño, es decir, el amor no mezclado con una porción de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor menos simple; pero le sucede lo que á los perseguidos por la justicia, que siempre bienen que andar acullandose, si no quieren ser molestados por los varones justos. Hay además de esto en este amor una parte muy grande de pecado, y no creo yo que á subidas, y por quitame allá esas pajas, vaya V. á indisponerse con la corte celestial, cuando tan fácil le es á V. hacerlo todo bien con arreglo á las leyes divinas, que, aunque sin el visto bueno de Dios, son tenidas por auténticas, como publicadas por su apoderado de negocios. El mejor modo pues de dar giro á ese amor es el que yo le propongo á V., es el de casarse con Inés. Para esto no necesita V. humillarse ni cometer ninguna hazaña, ni cosa que lo valga; no necesita V. sino decidirse á cometer una de las más grandes empresas que el hombre acomete, decidirse á tener una mujer por inseparable compañera. Esto además es para V. un remedio como otro cualquiera; entiendo hay que tiene que llevar toda su vida una captalesma en el estómago. Siénta mucho que le repugne á V. este lenguaje, pero esto lo digo porque pudiera muy bien suceder que V. tuviera alguna repugnancia al matrimonio. Desengañese V., Rafaelito mío, este es el único medio de que V. consiga ser feliz, tanto espiritual como

corporealmente. Es necesario que dejándolo todo á un lado se case V. Qué dices! ¿No quiere V. á esa muchacha? Si V. no la quisiera, entonces habría bajado en cascada con su dinero, pero fundiéndolo de todo corazón, ¿tiene V. mas que no acordarse de nada sino de su amor? Dígame V. ¿al V. fuera rico y ella pobre, ¿se casaría V. con ella?

—Mí venel respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entonces, prosiguió D. Ramon, ¿cómo está la hazaña?

—Pero bien, dijo Rafael mordidosse las uñas, aun cuando mis sentimientos sean los mas nobles, en el estado en que estoy, ¿no tendré razón el cuando para desoñecer su pureza?

—Del mundo, querido mío, espere V. de todas maneras mi injusticia, y haga V. todo lo posible por no ser pobre, porque sino, no solamente será con V. injusto, sino que aún irá á su injusticia la crueldad más refinada.

—Al fin, señor D. Ramon, dijo Rafael, como queriendo terminar la conversacion, hay además de todo esto una razon, que será pequeña y todo lo que V. quiera; pero que me sujeta, y que me forzaría á renunciar á todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo á Inés con esta falta, me dejaría atorcer cien veces. Para llevar amor á una mujer es necesario que vaya rodeado de ricas telas, elegantísimas perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como yo estoy, lo que se le inspira á una mujer es desprecio, y nada más que desprecio, porque no estoy bastante destrozado para inspirar compasion.

—Yo quiero, dijo D. Ramon, que sea verdad lo que V. dice, que tambien puede ser mentira; pero dígame V., ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada más fácil. Dígame V. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daría á V., pero no le tengo, y lo único que puede darle es buenos consejos, y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades.

Pues, señor, al pasar hoy por una calle, vi que se apeaban de un lindísimo landó, una lindísima mujer y un barbaote de un muchacho de unos veinte y seis años, más iso que Picio, y mas innoble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacian con las delicadas formas de la mujer, los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando á perder con su sudor, un riquísimo traje, que perdía toda la elegancia de su forma, inutilizando los desvelos del desventurado madre, al caer sobre él molde antisocial de aquel zoquete. Figúreme que aquella desigual pareja serian marido y mujer, y siguiéndome mi camino, iba pensando en una porción de cosas concernientes al matrimonio y al amor, y á la brutalidad y á la fealdad que van en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de VV. desde que sé su historia, se me vinieron al momento á la imaginacion ahora tambien sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de V., y de aqui fuí sacando consecuencias, hasta que vine á parar en la consideracion de que llevándole V. á aquel bárbaro feliz, todas las ventajas que puede llevar un arcángel á una rana, estaba V. sin embargo condensado á envidiar su coche, su mujer y sus galas. ¿Es posible, me decía yo á mí mismo, que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inaccion, anda por ahí un bárbaro como este, autorizado con su frac para parecer estallido? Esta idea del frac me trajo á la memoria el amor que V. tiene al lujo, y el odio con que mira á esa desgraciada levita. Y en verdad que el mayor disparate que V. ha hecho ha sido vender toda la ropa.

—Cuando la vendí, dijo Rafael, mi único pensamiento era el dinero, y aunque despues conocí que la ropa es poco menos necesaria, para andar por el mundo, que las pieamas, y pude haber mandado hacer mas al mismo sastre que me habia hecho aquella, con quien ya tenia yo derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente; sin embargo, no lo hice por temor á las trampas, que están apuestas á mi carácter. Pero volviendo á nuestro asunto, á la verdad que no sé en qué puede venir á parar todo eso que V. me cuenta.

—Paciencia, señorito, que á mí me gusta mucho ser ordenado en todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaria yo mi lógica. Todo esto viene á parar, en que de resulta de haber visto á aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que merced á su dinero, tenia sin duda en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trata de gentes, una mujer bonita y medios de transporte, cosas todas despreciables para mí, que tengo, esto que se llama trato de gentes, por un castigo del cielo, porque no nací para merceder, y en este trato como en todos solo se trata de comprar y vender como en las ferias, donde hay trato de bestias, sin mas diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballitos, vacas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de gentes, con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de gentes, para quien las mujeres heas á homites no pasan de ser unos chinos inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de anteojo de emborazado para

algunos hombres, como V. por ejemplo. De resultas pues de haber visto á aquel hombre, que levía todas estas cosas contra todas las leyes de la naturaleza, vine á deducir que V. podía tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba á V. mas que dinero. Al momento me acordé de los amores de Inés, que tenía lo que á V. le faltaba. Si logra casarse con ella, pensaba yo, cosa que no es difícil puesto que ella le quiere y es casi dueña de su voluntad, porque á una tia y á un tutor, ó se les compra; ó se les da un puñalillo en caso necesario, ya tenemos á Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No creó V. que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que V. ha encontrado, porque le conozco á V. y le quiero de veras. Me puse pues á pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para V. mas que amor. Después de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que V. estaba separado de la sociedad en que se había V. colocado al principio, sociedad que por lo mismo que era alta y poderosa, no le servía á V. de nada, ahora que V. estaba muy bajo y muy débil; porque es la sociedad una especie de cuerda lirante, que cuanto mas alta está, mas fuerzas necesita el pobre titubero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de V. la fuerza mas poderosa, el balancín indispensable para guardar el equilibrio, eran unos cuantos trapos, enrollados de este ó del otro mundo, y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desuando y por sí parece que no vale cosa. Entonces me di á mi mismo la razon de cómo V., á pesar de todas sus disposiciones y facultades, había venido á caer, rompiéndose el alma, desde su tabladillo, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa, sin balancín para guardar el equilibrio y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió á un aprendiz de volatin de que nos habla una librita. Los aprendices de todas las cosas siempre son confundidos, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez; y si así sucede, qué se ha de hacer, paciencia y bajar. Razon tiene V. para impacientarse; y árdad es que estoy un poco pesado, pero este es mi carácter, y además quisiera yo enseñarle á V. á meditar un poco mas sobre todas las cosas, y á no ser tan ligero de cascos.

Pues, señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre V. y su sociedad. Vea V., ¿quién lo diría? por la simple falta de ropa! A este muchacho, me decía yo, no le falta ni carácter, ni quenda, ni amigos, ni protecciones le faltarian tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac, para no estar ni un punto mas abajo, á su parecer: que aquel que le protegiera. Maloito orgullo! pero al fin, lo tiene, y es necesario ver cómo van él y todo le van adelantando. Me parece que un pueblo V. pedía de un viejo como yo sino que trabaja con las faldas que hay en el carácter de V. Pues, señor, sabido ya todo esto, me di el propósito de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que V. volviera al mundo á tener fortuna, pues aunque le faltan á V. todos sus amigos, tiene V. la otra esperanza de su querida, y si le falta á V. todo, entonces quiere decir que está V. predestinado á ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar á V. protección; al contrario, la tiene, el cielo, y sobre todo los hombres, le convidarán á V. amablemente á hacerse del modo que V. encuentre mas suave, y mas blando, y mas regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay mas que hacer sino ponerse muy bajo, y con esto, y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber á V. enseñado, aprovechar el tiempo, y no dejar que la cabeza se vaya á pájaros, sino sujetarla á que piense en una sola cosa, y obligarla á que aplique toda la energia que pierde en una porción de pensamientos vagos y aéreos, á un objeto material, con su correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz por consiguiente de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense V. ahora. Para esto hay la fortuna de que ni aun tiene V. que acudir á su antiguo sañete, que puede que por no mandarla hacer nada sin poderla pagar á la cabeza, fuera V. todavía tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar en que al bienestar de un hombre como V., puedan sacrificarse sin remordimiento de veinte á veinte y un mil y quinientos astras, con todas sus familias, herederos y sucesores.

Yo creo que rebajado el piso, hay justicia en lo que dice D. Ramon. Aparentemente nunca pagarán estos malos cristianos lo que hacen parecer al mundo con sus equivocaciones, con sus enmiendas, con sus medietades y con sus cuentas, que son tan exorbitantes y tan disparatadas como las del gran Capitán al Rey Católico, que merecía mejor por su mezquindad y real ingratitude estas pesadas bromas de su generoso caudillo, que no un pobre persequiano, de su sañete, que nada ha hecho por él sino hurtarle, medirle y cincharle, y otra porción de juiciadas, sin darle reales ningunos, sino tormentos, rubietas y susahoras. Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo gana de concluir el cuento, que ya me va á ir mismo fastidiando, habia de poner aqui una especie de legislación excepcional, con la cual creo

yo que se conseguiria que los sastres sirvieran mejor á los hombres.

No quiero personalidades, y así advierto que si algo malo digo de los sastres, no es de los sastres presentes, sino del ente moral sañete, pues ni por el pensamiento puede pasársome hablar mal de los sastres vivos, entre los cuales confieso que hay quien tiene tanta y tan merecida reputacion, que á penas la aumentara aquí un plumo, entregando los nombres célebres, con mi obra, á quien los quiera coger despues de salidos por las yo no sé cuántas bocas, de las yo no sé cuántas trompetas de la fama, prostituta indecente que se vende de mil maneras, y que ahora se venderá con el cuerpo de mi cuento, que es este cuadernillo, en las mismas librerías en que él se venda: y digo el cuerpo, porque el espíritu quedará en mi poder para no venderle nunca, ni con fama, ni por separado.

¡Oh tú, Utrilla, querido sañete mio! Recibe la enhorabuena que te doy de tus pocos comunes talentos! Bien sabe el mundo elegante cuánta es tu superioridad en el arte, al resto de tus compañeros! Y bien sabe Dios que á ponerte á la cabeza de todos, no me mueve á mí el amor de parroquiano, no, muéveme solo el amor á la justicia que debe hacerse á tu mérito intrínseco. ¿Quién posee como tú el secreto de que la ropa se ciña al cuerpo como la yedra al olmo? Tú, que con esto logras que las piezas salidas de tu taller, tengan toda la elegancia que en tus artísticos sueños imaginas, sin el amaneramiento que tanto se opone á la verdadera elegancia! (Tú, en fin, tú, á quien yo ahora me dirijo, tú eres casi el bello ideal del sañete! Tú le has hecho superior á este siglo en que se está corriendo el porvenir del mundo; este siglo que no hace mas que prometer sin cumplir, y separando tu causa de la de todos tus compañeros, que marchan con el siglo, que los envuelven en su marcha, así como á los gobiernos, que también van envueltos con los malos sastres en los emboscos de la época; separándote del siglo, de los sastres y de los gobiernos, cumples tú religiosamente tus palabras, poniéndote como ciego y sin atender á más!

Pero, ¿qué puedo yo decir de ti, famoso Utrilla, que no se haya dicho ya en los pocos años que en la corte tenemos, donde se introducen el delicado y pulcro espíritu tuyo, que reside en todo cuanto corre tu angelical tijera, sobre los cuerpos de los pocos elegantes que tenemos en la corte? Allí es donde absolutamente reñas, y donde por unanimidad y sin contradiccion eres respetado como rey del arte.

Sabe, á mi amigo mio, que no á todos los reyes les sucede lo mismo; pero es sin duda porque no presentan al público obras tan buenas y tan acabadas como las tuyas.

Adios, Utrilla, adios; que á quien con justicia pueden tributarse las anteriores alabanzas, no he de ir yo á ponerle el pequeñísimo defecto de que por vanidad y despreciándole, no quiere poner en su corona el florón bellísimo que podía añadirle, si cortara él mismo con cuidado, los tan necesarios y por él tan necesitados pantalones.

Tambien de ti me acuerdo, caro y carísimo Rouge; pero sigue vendiéndote caro, que bien lo merecen tus ricas telas, y yo entre tanto me vuelvo á mi cuento, que por desatendido estoy viendo que me va á salir como los pantalones, en que Utrilla no se interesa.

(Continuará.)

MICHEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

JERONIMICO



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Larrañaveza, 26.